



S R E / S T A
1 2 / R , A C
- I Ó N
0 1 / 2 1 /
/ M U S U
M I J A I
L N O R L O
M N I T R L O
V I C E



Hace poco más de un año, cuando las protestas en la región escalaban, un amigo me aseguró que el Perú no participaría de esas revueltas porque estamos muy acostumbrados al maltrato. Tal vez se refería a cierta apatía capitalina, difícil de extrapolar al resto del país. En todo caso, decía que treinta centavos de más en el pasaje no llevarían a levantarnos contra treinta años de neoliberalismo. Parecía lejana la posibilidad de una movilización masiva que vuelque hacia el espacio público el descontento de la mayoría con los gobiernos posteriores a la dictadura. Más bien, parecía bloqueada por el rigor de un espacio social organizado por los mitos del emprendimiento, de una vida cotidiana atrapada en la hegemonía que la burguesía local instaló a inicios de los 90, interiorizada para muchas personas como el reino donde todo es posible si uno se esfuerza lo suficiente. Un año después, pandemia mediante, hemos vivido una situación que obliga a repensar esta imagen usual de las peruanas y peruanos como gente sumisa. Como lo señaló Cecilia Méndez, la masiva movilización contra el gobierno ilegítimo de Manuel Merino cierra cierta tradición peruana en la que más bien las soluciones autoritarias gozaban del apoyo de amplios sectores de la población.¹ Plantea que el de Merino fue un “golpe impopular” y que la mano

dura tendrá dificultades para volver a instalarse en el corto plazo, aunque pueda ser demasiado optimista. Se ha debatido mucho sobre el carácter de las revueltas, y viendo lo poco que la indignación de noviembre se articuló a las luchas de trabajadores agroindustriales del último mes, ya podemos decir que en noviembre primó el rechazo a la llamada “clase política” y a su avidez por empujar al país hacia una crisis que cae mal después de un año duro. Sin embargo, algunas consignas (como la necesidad de una nueva constitución) que permiten esa articulación de las luchas que algunos llaman “ciudadanas” (demandas por mejor representación, que impere la ley, etc.) con las que llamaré “de clase”, han recibido un impulso innegable que, superando los primeros intentos de bloqueo en la esfera pública, muestran que la hegemonía se resquebraja y que de sus grietas podrá asomar un horizonte distinto.

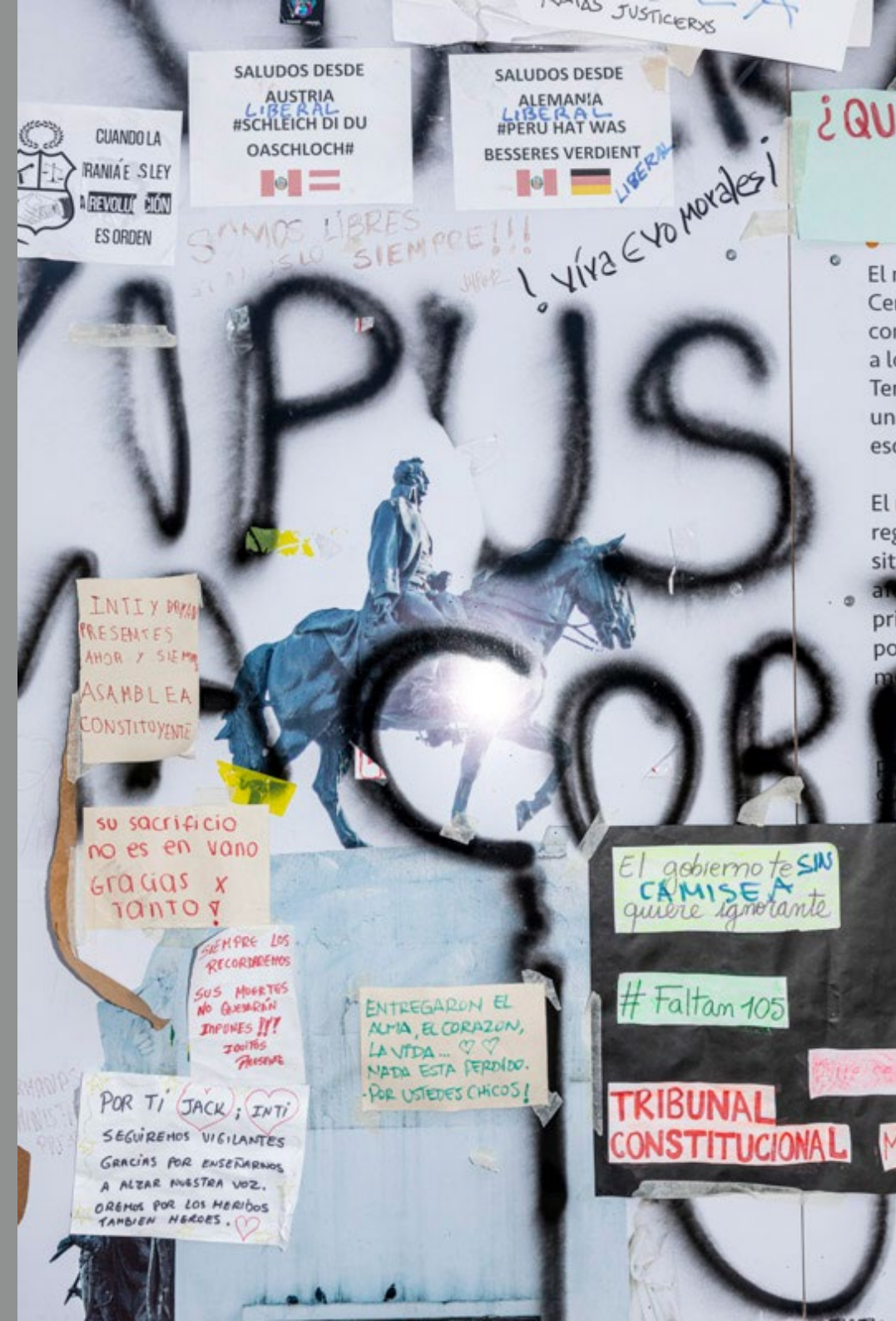
Musuk Nolte registró ese mural espontáneo en el que se convirtió el cerco que resguarda la base del monumento a San Martín durante las protestas de noviembre. Se ven distintas pintas, stickers, mensajes de aliento y otros de repudio a los políticos, memoriales de los jóvenes asesinados por la policía, mensajes de apoyo internacional, demandas de reforma policial y derogatoria de la ley del “gatillo fácil”, etc. Las infografías y fotografías del monumento que la Municipalidad dispuso alrededor suyo para ser restaurado asoman por debajo de las intervenciones de la ciudadanía. Una de las varias estatuas erigidas durante el Centenario de la Independencia bajo el gobierno de Leguía, muchas veces convertida en un soporte para la inscripción de diversas consignas de protesta, esta vez se encontraba resguardada por un soporte listo para recibir las marcas de la revuelta.

Como otros espacios en la ciudad, este soporte se convirtió en un lugar de disputa por el sentido del espacio urbano, por fuera de la tiranía del ornato y las recientes políticas de erradicación de la memoria de la protesta, según lo ha sugerido Teresa Cabrera.² Pero hay algo más: el título que Musuk ha escogido para la serie, *Restauración*, amarra la situación que se dio alrededor del

monumento con una idea que, fuera del mundo de las artes y de la conservación del patrimonio, se asocia en la historia política con la capacidad de los antiguos regímenes para contrarrestar el avance de fuerzas progresistas. La serie muestra las muy distintas inscripciones de esos días, animadas todas por el repudio al gobierno de Merino. Pero, ¿qué elementos hay en ellas que marquen un horizonte colectivo? A casi dos meses de las marchas que tuvieron lugar en la segunda semana de noviembre, parece que el poder de clase que ha gobernado las últimas décadas logró restaurarse, pasando por encima de las masivas movilizaciones de alcance realmente nacional. Se trata de una restauración golpeada por el quiebre de una hegemonía que difícilmente podrá recomponerse, sobre todo si el actual gobierno desatiende las demandas *mínimas* surgidas de las movilizaciones, como la reforma policial, y persiste en tratar los asesinatos de jóvenes durante las protestas como hechos aislados.









En el 2000, la movilización contra la dictadura tuvo un momento de abierta politización en cierta franja de las artes visuales. Una politización más moral que ideológica, digamos, y que terminó exactamente en el momento en que Paniagua asumió el gobierno de transición, como lo sugerí hace unos años.¹⁰ Si el emblema artístico de entonces fue la acción del lavado de banderas organizado por el Colectivo Sociedad Civil en plazas y parques, un poco discutido emblema del cierre de ese momento debería ser la entrega de la bandera lavada al nuevo gobierno en noviembre del 2000: “Terminó con éxito el lavado de la bandera”, dijo una nota en *El Comercio*, anotando también el “sabor a misión cumplida” por parte del Colectivo. Se dice que, tras ello, se desató una fiesta, una *fiesta democrática*, que se llevó consigo la promesa de transformación social que, entonces como hoy, se escuchó alto y claro en los más intensos espacios de lucha.

Desde luego, sería un despropósito pretender que la movilización no asuma otras formas e intensidades tras la caída de la dictadura. Pero lo que terminó por imponerse entre la caída de Fujimori y el gobierno de transición fue la idea de una democracia *recuperada* (¿restaurada?). ¿Algo similar ocurrió tras la asunción de

Sagasti? Sin duda. ¿Reconocerlo significa desestimar lo ocurrido? De ningún modo. Pero sin pasar por ese paralelo difícilmente podremos salir del bucle que empezó a rodar el 2000 y en el que seguimos dando vueltas. Aunque acaso convenga mirar más atrás y examinar la coyuntura de 1977, surgida no tanto del gobierno militar *per se* sino del manejo de la crisis económica, cuando tras el gran Paro Nacional del 19 de Julio se orquestó una Asamblea Constituyente que, pese a la importante votación obtenida por distintas organizaciones de izquierda, el APRA y el PPC controlaron hasta bloquear las demandas más radicales de transformación no solo de la producción y redistribución de la riqueza, sino de la representación política en cuanto tal.——



